

Como ve que se suceden los días, los meses, los años y los siglos, reproduciéndose sin cesar, no puede formar un cabal juicio de la eternidad del tiempo.

Como todos sus amores son imperfectos, se debilitan, se extinguen con la inconstancia ó la muerte, ignora lo que es el amor infinito.

Finalmente, como todas las obras del hombre llevan consigo el germen de la imperfección, no conoce la perfección divina.

Resulta, pues, que el hombre solo puede conocer á Dios por el sentimiento de la fe y por las obras de la creación.

La tormenta zumba, ruga el mar, bramán los vientos, reventan los volcanes, lanzan las nubes el rayo; esa es la voz de Dios.

Los campos se visten de verduras, el céfiro acaricia las flores, cantan las aves en el prado, cubrese de arboles el cielo....

Esa es la sonrisa de Dios.

Osténtase el sol en el espacio, y un mundo de estrellas forman su corte, girando perpetuamente en rededor de su espléndida grandeza.

Los siglos acumulan moléculas y partículas de tierra que llegan á formar los mármoles y el granito.

El cuadrúpedo y el ave, el insecto y el reptil y hasta la planta misma, nacen, se nutren, crecen, se desarrollan, tienen su organismo, su principio de vida, su decadencia, su muerte, y su reproducción. Esta es la sabiduría de Dios.

El hombre ama á su padre, á su hijo, á su esposa, á su hermano, á su amigo, á toda la humanidad.

Enjuga las lágrimas del que llora;

Consuela al afligido;

Enseña al ignorante;

Da de comer y beber al hambriento y al sediento;

Asiste al enfermo;

Acompaña á su prójimo á su tumba....

Esta es la bondad de Dios.

II

Todas las naciones han reconocido la existencia de un Ser Supremo, criador de la naturaleza y origen de toda bondad, de toda sabiduría, de toda perfección.

Pero han diferido en el modo de adorarlo, en el modo de hacerlo visible á la débil inteligencia humana, entregándose muchos pueblos sobre este punto á los mayores errores y extravagancias.

Los dioses del Egipto trajeron su origen de los palos ó estacas que clavaban de trecho en trecho en el terreno, para marcar anticipadamente la altura á que llegarían las aguas en el desbordamiento del Nilo.

Aquellas estacas terminaban en una tabla horizontal, donde los sacerdotes, depositarios de la ciencia, escribían los grados de la inundación, y por medio de geroglíficos expresaban si el año había de ser fecundo en cereales, frutas y ganadería.

De este modo tuvieron origen Cérés, diosa ó protectora de la primavera; Flora, de las flores; Pomona, de las frutas, y Pan de los ganados, &c.

El culto religioso de los egipcios era misterioso secreto.

Las pirámides eran sus templos, y solamente los iniciados en los misterios eran admitidos al conocimiento de las ciencias.

El resto del pueblo era ignorante, rudo y supersticioso.

La mitología griega tomada de los egipcios fué, sin embargo, expansiva y al alcance de la multitud.

Los cielos, la tierra, el mar, el aire, el infierno, los ríos, las fuentes, los arboles, las piedras, las ciudades, las casas, los caminos, todo estaba poblado de dioses de primera y segundo órden, de niños y genios.

Los dioses mayores residían en el Olimpo.

La tierra tenía sus deidades.

Los bosques sus sátiros, driadas, faúnes y silvanos.

Las fuentes sus náyades.

Los ríos sus dioses tutelares.

El mar sus nereidas.

Las ciudades sus lares.

114

Las familias sus penates.

Los caminos sus términos.

Todas esas deidades y genios tenían pasiones como los hombres, las cuales los hacían intervenir en sus querellas, asistiendo á veces á dos ejércitos contrarios.

Otros pueblos se entregaban á mitos groseros, adorando al sol, á los animales, á ciertas plantas y objetos inanimados.

El Cristianismo vino á destruir todos los errores, ilustrando el entendimiento y purificando el corazón.

El Cristianismo, la Religión más sencilla, la más pura, rompió la cadena del esclavo.

Levantó la condición de la mujer, haciéndola compañera del hombre, en vez de sierva que era.

Estableció la paz, la igualdad, y la libertad entre los hombres.

Consiguio como virtudes la fe, la esperanza y la caridad.

Y encerró la Moral universal en estas breves palabras:

"Ama á Dios sobre todas las cosas.

"Ama al hombre como á ti mismo.

"No bagas á otro lo que no quieras que hicieran contigo."

III

El culto católico es á la vez el más sencillo, el más sublime y el más espléndido de todos los cultos.

La arquitectura ha levantado sus templos y altares.

La escultura y la pintura los han adornado, representando en imágenes la personalidad de Dios, de la Virgen, de los ángeles y de los santos.

La música, las flores, los aromas son el lenguaje con que los fieles hablan á Dios.

Lenguaje sublime, escogido entre lo más bello que tiene la naturaleza.

El culto cristiano se ha extendido por toda la tierra, suavizando las costumbres y llevando la virtud, la libertad y el reposo á todas las almas.

(De La Libertad Católica).

EL VENERABLE DE LA SALLE. (*)

TRADUCIDO DE LA "REVISTA DEL MUNDO CATÓLICO" PARA "EL MONITOR" POR P. V.

La educación es una operación compleja. El alma de los hijos del pueblo está casi vacía cuando se confía al maestro de escuela. Unas pocas ideas recogidas en el seno de la familia ó en la calle, forman todo su tesoro intelectual y moral. El niño pasa la mayor parte del día en la escuela. Luego que se levanta va á ella, y cuando la deja no piensa sino en el juego ó el descanso; pues su espíritu se halla fatigado por el estudio. Allí es, en consecuencia, en donde recibirá todas las ideas que contribuirán más tarde á formar su carácter, á arreglar su conducta á darle el papel que más tarde debe desempeñar en el mundo. Allí adquiere cierto conjunto de nociones acerca de sí mismo, de sus semejantes, de la sociedad, de sus derechos y sus deberes, las cuales más ó menos desarrolladas no se modificarán en sus elementos esenciales y deberán servirle de luz para toda la vida.

En las lecciones dadas á un niño hay dos partes distintas: ó se le inculcan ciertas ideas, ó se le enseñan ciertos procedimientos mecánicos ó intelectuales á métodos, que no sirven sino para expresar las ideas que posee. La lectura, la escritura, la ortografía, el cálculo elemental pertenecen á esta categoría. Las nociones intelectuales que implícitamente están contenidas en esto son en muy reducido número. Estas son más bien artes que ciencias. Con ellas aprende el niño á expresar su pensamiento ó á comprender el ajeno. Pero la sustancia del pensamiento no le viene propiamente de este modo, y debe recibirla de otra fuente. Viene de otras enseñanzas que se le proponen y de los libros que se pongan en sus manos.

En las escuelas del Venerable de La Salle, el niño no tenía, con excepción de la lectura, la escritura y el cálculo,

(*) Los Estatutos del venerable La Salle para las escuelas se han publicado ya íntegramente en El Monitor.

5932

casí sólo la enseñanza religiosa y la lectura del libro de la *Capitad cristiana*. Tal es la fuente de sus ideas, y debemos por consiguiente concentrar todo nuestro examen sobre estos dos puntos.

La enseñanza religiosa comprendía las prácticas religiosas y el catecismo.

Las prácticas comprendían las recitaciones de las oraciones de la mañana y de la tarde, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, la bendición antes de las comidas y la asistencia a la misa todos los días. Pocas personas reflexionan en la sustancia profunda contenida en estas simples fórmulas que pone la Iglesia en los labios de todos sus hijos. Todas las ciencias divinas y humanas están allí concentradas en unas pocas líneas. El *Credo* es un compendio de historia universal; el principio la historia antes que existiese el mundo, refiere el acontecimiento capital hacia el cual convergen todos los demás, los sigue hasta más allá de los tiempos, hasta la eternidad. El *Padre Nuestro* es la sustancia de toda filosofía, expone las verdaderas relaciones del hombre con Dios, que son las de un hijo con su padre, y las de los hombres entre sí, que son las del amor y del perdón. El *Ave María* es la poesía de la vida en el alma del niño, pone en ella el ideal de la mujer, — virgen y madre a la vez, — y esta imagen pura hace huir inmediatamente los malos pensamientos, y dirige todas sus pasiones hacia el bien. Los mandamientos de Dios y de la Iglesia son un compendio de legislación. Todas las prescripciones de la Moral y todos los códigos no son sino desarrollos de estas leyes lacónicas que dicen en una palabra al hombre todo lo que es preciso evitar y todo lo que debe hacerse. Inmediatamente que entra el niño a la escuela debe aprender estas oraciones, debe repetir las todos los días, y penetrarán de tal modo en su memoria, que en todo tiempo, en todos lugares, a toda edad, los encontrará grabados con caracteres indelibles y sobreviviendo a todos sus otros conocimientos; ellos son el resumen de todas las ciencias, son lo que es necesario y lo que se debe saber. En las escuelas del Venerable de La Salle debía aprender el niño las principales oraciones del día del cristiano, las de la misa y el rosario.

El catecismo es el desarrollo lógico de la oración. Esta ciencia, que nuestros estrechos y obtusos espíritus no pueden comprender ya, es una especie de enciclopedia universal contenida en un pequeño volumen, en que cada palabra deslumbra por la claridad.

Este pequeño volumen cuenta la historia en todas sus épocas. En él se delinea el cuadro del mundo entero a grandes rasgos, con su perspectiva maravillosa que pone en relieve los acontecimientos principales, coloca en las sombras los de menor importancia, dejando a la erudición el cuidado de proseguir observando minuciosamente los detalles, si lo tiene a bien. Pero con este hilo conductor el espíritu, por considerables que sean los hechos que aprende, no podrá perderse ya. Verá siempre en la antigüedad, en medio de las civilizaciones más endurecidas y que se extraviaban en las tinieblas y vergüenzas del paganismo, un pueblo fiel a Dios, elegido y gobernado por él, que guarda el conocimiento de su nombre y de su ley, hasta que el Redentor viene a librar el mundo, a romper la fórmula de esas tradiciones misteriosas, a completarlas y a proyectar su luz sobre toda la tierra.

En el mundo moderno verá siempre a la Iglesia como una gran familia que llama a todos sus hijos a su seno, los educa y los bautiza, los recibe enemigos y los devuelve hermanos, los forja para la castidad, para el trabajo, para la libertad y edifica con sus sudores y su sangre ese inmenso edificio de la civilización cristiana de que gozan muchos hombres sin conocerlo.

El catecismo encierra también un código universal. Él podría reemplazar todas las leyes, las prisiones y los jueces. Todo hombre encuentra en él con certeza la indicación de sus deberes para con Dios, para con sus semejantes, para consigo mismo, provisto cada cual con su sanción, con un tribunal encargado de probar las violaciones y castigarlas, y lo que es preferible, con un conjunto de remedios para sostener la voluntad que desfallece, alumbrar la conciencia oscurecida ó curar el alma herida por el pecado.

En fin, si se quiere comparar el catecismo con los tratados

más profundos de Metafísica y de Filosofía humana, se verá que donde éstas presentan las cuestiones, aquí da respuestas suficientemente claras para ser comprendidas por todos, bastantes elevadas y profundas para que el genio y la ciencia, en sus meditaciones, no puedan llegar jamás al límite.

El hombre que posee este conocimiento vive, pues, en paz. En cualesquiera circunstancias en que se encuentre, posee bastante luz no solamente para alumbrar sus pasos, sino para resolver todas las cuestiones que puedan surgir en su espíritu. Si su carrera lo condena a la ignorancia, posee sin embargo la ciencia necesaria; si estudia, verá qué conocimientos accesorios vienen a completar los conocimientos que tiene, a mostrarle la filiación lógica de las ideas cuya conclusión no posee; pero si lo hace con espíritu sencillo y recto, no hallará ninguna incompatibilidad ni conflicto entre estas sustanciales nociones y todas las ciencias humanas reunidas.

¿Qué son, pues, ante estas verdades necesarias las ciencias accesorias y contingentes con que se llena hoy el espíritu de los niños? ¿No es con gran perjuicio de la elevación de su pensamiento que se quiere disminuir los conocimientos morales para aumentar sus nociones sobre el mundo material? ¿Y para los que quieren hacer desaparecer enteramente los primeros, ¿no es apagar en su alma el sol que alumbraba todos los horizontes, encender una linterna hermosa, que no proyecta sino algunos rayos sobre un punto aislado del mundo?

La ciencia del catecismo es indispensable al hombre, las ciencias accesorias solo sirven para el oficio.

No nos maravillamos, pues, de la importancia que se le da en el *Guía* de las escuelas cristianas a la enseñanza del catecismo.

“Se estudiará todos los días el catecismo durante media hora, una hora los miércoles y vísperas de asueto, hora y media los domingos y días de fiesta.”

El maestro debe interrogar a los niños sobre cada cuestión, no pasar a otra sino luego que conozcan perfectamente la precedente, explicárselas sucesivamente instruyéndolos lo más posible sobre las cosas que se relacionan con las costumbres y la conducta que se debe observar para vivir como verdadero cristiano.

“Los maestros, agrega el *Guía*, tendrán tan gran cuidado en la instrucción de todos sus alumnos, que no dejarán uno solo ignorante, a lo menos sobre aquellas cosas que está el cristiano obligado a saber, tanto en la doctrina como en la práctica, y a fin que no descuiden punto de tan grande importancia, considerarán frecuentemente con atención, que están obligados a dar cuenta a Dios y que serán culpables ante él de la ignorancia de los niños que están bajo su dependencia y de los pecados que ellos cometen por tal ignorancia. Si los maestros no se aplican con bastante cuidado a sacar de este estado a sus discípulos, sepan que Dios los examinará y juzgará con más rigor en este punto que en cualquier otro.”

Además de la Doctrina cristiana, la enseñanza primaria comprendía en el tiempo del Venerable de La Salle: la Lectura, la Escritura, la Aritmética y la Ortografía.

(Continúa)

LA FE.

Rival de los Cides
Un héroe en las lides,
Un héroe en la fo,
Guerrero Cruzado,
Vinjaba esforzado
En pos del Eden.

Anciano, mendigo,
Por pan, por abrigo
El pan de la fo,
Avanza y avanza...
Con la alma esperanza
De ver el Eden.

Al fin del camino
Halló un peregrino
Hermano en la fo.
¿Conoces la vía,

115